

PASCUA, de 2015  
4 y 5 de abril del 2015

En la década de 1970 se realizó para la televisión la miniserie llamada "*Jesús de Nazaret*", allí un hombre con el nombre Zara, que era miembro de la jerarquía religiosa judía, aparece varias veces. Él es la última persona que vemos al final de esta historia. Zara al enterarse de que tumba estaba vacía en la mañana de Pascua, se apresura a ver esto por sí mismo. Al salir de la tumba el rostro de Zara registra desconcierto y miedo mientras pronuncia las últimas palabras de la película: "*Ahora es cuando comienza*". Ahora el gran engaño está a punto de ser impuesto en el mundo, o a partir de este momento la historia del mundo se cambia para siempre por un poder divino en que no hay fuerza ni en el cielo o en la tierra que podrá ser capaz de detenerlo.

Cuando se trata de la resurrección de Jesús, no hay término medio. O se cree en su Resurrección, o no se cree. Los que estamos aquí reunidos hemos optado por creer en la palabra de Jesús, y de seguirlo, y de abrirnos para tener una relación con él, de creer en la historia de las santas mujeres y de los otros que fueron a la tumba ese primer día de Pascua. Pero, al igual que ellos, al no ser testigos presenciales del momento real de Jesús resucitando de entre los muertos, ¿cómo sabremos de que es real? ¿Cómo sentimos y experimentamos nosotros a Jesús resucitado hoy en día?

Estas preguntas son válidas. Físicamente, una tumba vacía es sólo esto: una tumba vacía, que antes contenía el cuerpo de una persona muerta. En sí mismo no "prueba" la resurrección, como tampoco lo desmiente. Se trata simplemente de una tumba vacía.

La respuesta a esta cuestión de la resurrección de Jesús se encuentra en la experiencia de 'el encuentro'. El encuentro con una persona es mucho más simple que reunirse con alguien. Todos nos encontramos con muchas personas todos los días. Pero 'un encuentro' es una reunión con otra persona a un profundo nivel en el alma de la persona. Encontrar a alguien es ir más allá de una reunión superficial. Es abrir un espacio en la profundidad de mi ser para que otros puedan entrar, y morar allí, como también el de aceptar la invitación del otro para que entre y viva en ellos. Como los primeros discípulos, llegamos a conocer y experimentar a la persona, su resurrección y al verdadero Jesús a través de 'el encuentro'. Mientras que los relatos de las apariciones de Jesús después de su resurrección en los Evangelios varían, lo que todos tienen en común es la realidad de 'el encuentro'—un encuentro que es personal y comunal, con experiencia en la palabra, en la comida, y en la comunidad con otros creyentes.

María Magdalena, en la mañana de Pascua, en la tumba— Cleofás y su compañero sin nombre, en el camino a Emaús en la tarde de Pascua— Juan, Pedro y los otros discípulos en la barca en el lago de Galilea—cada uno de ellos se encontraron con Jesús resucitado. A cada uno de ellos, Jesús se les apareció en una manera en que ellos pudieran entenderlo— como un jardinero, como un compañero peregrino, y un hombre inquisitivo en la orilla del mar. En su glorificada y transformada humanidad, Jesús fue capaz de asumir una forma humana más adecuada para su misión. Hoy en día, él hace lo mismo: como un cónyuge, un padre, un amigo, un compañero de trabajo, un sacerdote, y de lo que cada uno de nosotros puede ser, y es (si es que estamos abiertos a Jesús) el proceso físico que él utiliza para llegar a nosotros, o a través de nosotros, y a los demás.

Todas las personas mencionadas en las historias de Pascua llegaron a tener fe, cuando reconocieron a Jesús a través de sus palabras en ‘su encuentro’ con él. Uno de los discípulos de Emaús dijo: "¿No ardía acaso nuestro corazón, mientras nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?" (Lc 24:32). En las Escrituras, especialmente como son proclamadas aquí en la Misa, también nosotros encontramos y somos encontrados por la palabra de Dios en Jesús.

En la historia de Emaús, y en la escena de los discípulos, y Jesús en la orilla del lago de Galilea, y después de ‘su encuentro’ con Jesús al escuchar sus dirigidas palabras a ellos, se produce un más profundo encuentro a través de compartir la comida: “Y estando a la mesa, tomó el pan y pronunció la bendición; luego lo partió y se lo dio. Entonces los ojos de los discípulos se abrieron y lo reconocieron”, es decir lo reconocieron en la partición del pan. En cada Misa, también nosotros, a través del pan y del vino encontramos a Jesús con tanta seguridad como los discípulos lo encontraron en el camino a Emaús, y en la orilla del mar con la primera Pascua.

A través de las palabras y de los Sacramentos nos encontramos con Jesús resucitado. Y después de haber encontrado a Jesús resucitado, como aquellos primeros discípulos, somos enviados ahora como su cuerpo, el cuerpo de Cristo, en donde la Iglesia va a ser el instrumento, el signo, el sacramento, que es el medio por el cual Jesús sigue estando presente y ejercita su ministerio en el mundo de hoy. ¡Jesús que murió y resucitó, vive ahora en nosotros!

Zara tenía razón. **¡Ahora es cuando comienza!**

Padre Jim Secora